

MAXIMILIANO

Con lo cual no hice sino mostraros un poco el cariño que siento por vuestra persona.

MÁRQUEZ

Y que después, desde Orizaba, se ocupó en preguntar por la salud de mi adorada viejecita.

(Compases de silencio.)

MAXIMILIANO

(Se pasea perplejo, se detiene ante una credencia de marquetería, la examina con cuidado, y acaba tomando á Márquez por el brazo y diciéndole con desparpajo:)

Vamos á recorrer la ciudad. ¿Queréis acompañarme?

MÁRQUEZ

(Inclinándose cortesano y zalamero.)

Cuando lo disponga Vuestra Majestad.

ESCENA QUINTA

Habitación del Emperador; Maximiliano, en traje de mañana, radiante y satisfecho, se halla en pie cerca de un estante de palisandro lleno de libros. Contempla el panorama de la ciudad, y por hábito arraigado de su oficio de marino se lleva á los ojos los catalejos que trae al costado, en bandolera. Van entrando los generales solos ó en grupos, y luego de hacer acatamiento al soberano, se reúnen en diferentes lugares de la pieza.



— El primero que llega es Márquez, acompañado de un joven...

El primero que llega es Márquez, acompañado de un joven hasta de treinta años, de rostro muy moreno y con un gran bigote negro. Es un excelente oficial de artillería y se llama Manuel Ramírez de Arellano. Sigue á estos don Ramón Méndez, que luce chaqueta de húsar y lleva en la mano sombrero ancho blanco, galoneado de oro; es gordo, moreno, de buena cara, de bigote y barba negros y escasos. Los ojos son brillantes y vivos.

Abraza el Emperador á otro que se presenta; es sujeto como de cincuenta años, amarillento, de pómulos abultados, de pelo hirsuto, de ojos pequeños y opacos. En la cara tiene unos cuantos pelos que parecen antenas, y la boca es gruesa, terrosa, sin brillo: puede decirse de ella lo que de la boca de Maritornes: si se usara aspar labios, éstos servirían á maravilla para el caso. Es el general don Tomás Mejía.

Preséntase después un viejo seco, avellanado, bajito de cuerpo, pegado al casco el pelo, negrísimo merced á ingredientes y potingues. No oye palabra, y cuando le llaman á su lado los otros: «¡Eh, general!» «¡Eh, don Severo!», «Señor Castillo», él pasa de largo. Quizás sea astucia de sordo, y su repugnancia á reunirse á los grupos debe de obedecer á su deseo de no hacer causa común con ninguna parcialidad de las que mira dibujarse en el horizonte.

Llegan, por fin, dos que parecen extranjeros, alemanes ó austriacos; pero en realidad no lo es sino uno de ellos, el más bajo, que pinta tener cosa de treinta años, y lleva donosa y elegantemente el uniforme rojo y blanco de los húsares, y en el ojo izquierdo un monóculo que se quita á cada instante. Es el príncipe Salm-Salm.

El otro, el coronel Miguel López, es rubio, de ojos azules, gran bigote, cuerpo alto y membrudo aunque un poco corcovado. En toda su persona muestra un engrimiento y una fatuidad que los otros concurrentes ven de reojo, pues ya se sabe que es el favorito del Emperador.

Maximiliano, cortés é insinuante, con inflexiones dulces y gratas en la voz, se sienta en el testero de una gran mesa. Los otros se van colocando, por indicación suya, en los diferentes lugares: Márquez, á la derecha del soberano; á la izquierda, Miramón; Mejía, enfrente; Castillo á la derecha de Márquez, y Arellano, Salm y López en un extremo de la mesa.

MAXIMILIANO

Por fin, señores, podemos celebrar un consejo contando con los elementos íntegros de nuestro ejército. La llegada de las valientes tropas del general Méndez, que tenemos aquí desde el día de ayer...

MÁRQUEZ

(Interrumpiendo al monarca y enarandose con Miramón.)

Por cierto que esas tropas pertenecen á la zona de mi mando y el general Miramón dispuso de ellas sin consentimiento mío.

MIRAMÓN

(Lleno de arrebató.)

Verdad es; pero verdad es también que no llamé á tales tropas para servirme de ellas en provecho propio. Después de mi desastre en San Jacinto, necesité rehacer de alguna manera los batallones y regimientos, y nada más natural que sacar gente de donde la había.

MÁRQUEZ

(Aparentando calma y al parecer deseoso tan sólo de poner las cosas en su punto.)

No lo dije por tanto; primero es la salvación del Imperio, primero es la salvación de la patria; pero eso no quita

que se haya cometido una falta á la disciplina pasando sobre mi persona como quien dice, y trayendo, aunque



DON TOMÁS MEJÍA

sea con la mejor intención del mundo, tropas de cuya situación y condiciones yo solo debía responder y respondería.

MIRAMÓN

(Respirando enojo y lanzando llamas por los ojos.)

Olvida sin duda el señor Márquez que yo le excedo en antigüedad, y que he sido general de división cuando Su Excelencia no lo era más que de brigada... Si la presencia del soberano no me cohibiera, cuente el señor general Márquez con que no repetiría esas palabras...

MÁRQUEZ

(Con calma aparente.)

Yo fuí soldado antes de que el señor Miramón naciera, y si Su Excelencia cree ser más antiguo que yo en el generalato, sufre un error, pues el señor Miramón no fué nunca coronel y pasó sobre ese grado indispensable en nuestra ordenanza. En cuanto á que yo le deba el grado de general de división, no hay nada menos cierto: Su Excelencia me lo dió porque no pudo hacer otra cosa, viniendo él derrotado y acabando yo de ganar una espléndida victoria.

MAXIMILIANO

(Perplejo y vacilante.)

Ruego á los señores generales no se extravíen del punto de la discusión, y que no se ocupen en cosas que pueden dañar al buen éxito de nuestros asuntos... Discuta-

mos el plan de la futura campaña, y para el efecto empeemos por decidir si hemos de apresurarnos á batir á los republicanos que se acercan, ó si nos hemos de encerrar en Querétaro á sufrir un sitio en forma.

MÁRQUEZ

(Meloso, y después mirando á Miramón con aire de triunfo.)

¿Me permite la palabra Su Majestad?

MAXIMILIANO

Tiene la palabra el general Márquez.

MÁRQUEZ

Yo sería de opinión, salvo la más acertada de Vuestra Majestad y de los demás miembros del consejo, que no hay para qué apresurarnos á combatir á los republicanos. Acaba de reunírseos el general Méndez con 5,000 hombres tan aguerridos como famosos, y con ese ejército y las fuerzas con que contamos, no podrá resistirnos el enemigo... ¡Quiera Dios cegarle hasta el punto de que nos haga frente! Podremos entonces darle, como de costumbre, una buena lección; pero aun en el caso de que no quisiese esperarnos, combinaremos nuestros movimientos de una manera propia para alcanzar el resultado apetecido: la pacificación del país y la destrucción de sus enemigos.

MIRAMÓN

¿Acaso pretende el general Márquez que nos defendamos en Querétaro? No se me ocurre que pudiera haber providencia más absurda y más capaz de darles el triunfo á los republicanos, que la de quedarnos en esta olla de grillos en que no se puede respirar sin pedir permiso al que está afuera.

MÁRQUEZ

(Riendo con risa de raposa y mirando con chunga á Miramón.)

¿Acaso el señor Miramón tendría un plan mejor?

MIRAMÓN

Ni peor ni mejor; el único que se puede tener en las actuales circunstancias: salir á pelear contra los republicanos batiéndoles en detall y antes de que se reúnan las diferentes fracciones que componen el ejército juarista.

MÁRQUEZ

¡Ejército juarista! ¡Válame Dios, y cómo exagera Su Excelencia! Llamar ejército á las gavillas de bandoleros que se nos han presentado en nuestro camino, cuando ni por caridad podía llamárseles hordas...

MIRAMÓN

Mas es el caso, que toca la pícara casualidad que cabalmente esas gavillas, que sólo por hipérbole pueden llamarse hordas, le han dado al digno general Márquez muy duras lecciones.

MÁRQUEZ

Quizás menos duras que las que le han hecho experimentar al ilustre vencido de Calpulalpam y de Silao...

MIRAMÓN

En verdad que he sufrido tales lecciones y que por eso me aprovecho de ellas. Hay entre los republicanos verdaderos soldados.

MÁRQUEZ

(Con retintín.)

Debe de haberles, donde el bravo héroe de Atenquique y San Joaquín les ha llegado á temer.

MIRAMÓN

Señor general, á un hombre como yo no se le dice que teme á alguien sin que el que lo diga lleve el manifiesto deseo de ofenderle... Usted...